



Capítulo 620: Guerra familiar

La oscuridad del abismo parecía tragarse cualquier resto de luz mientras Sepphirothy caminaba lentamente, sosteniendo el agonizante —pero peligrosamente divino— cuerpo de su propia madre. Lilith, incluso en su forma decadente y disminuida, irradiaba un aura ancestral que hacía que el aire se volviera pesado, casi vivo. El silencio allí no era solo la ausencia de sonido... era respeto, miedo y testimonio.

Neberius la seguía en silencio, hasta que ya no pudo soportarlo más.

—Sepph... ¿estás segura de esto? —Su voz temblaba, algo muy raro en él—. Traerla de vuelta... esto supera cualquier ideal que hayas defendido jamás. Esta mujer es Lilith. La Lilith. La diosa de los demonios.



Sepphirothy no aminoró el paso. Su mirada era tranquila, casi fría. Su tacto era firme mientras llevaba el cuerpo, como alguien que sostiene algo precioso, no un peligro inminente.

—No digas nada sobre esto —respondió—. Nadie puede saberlo. Ni los Arcontes. Ni Vergil. Ni siquiera el mismísimo infierno.

Neberius frunció el ceño. —Apoyo tu causa, sabes que lo hago. Pero... esto es una locura. Lilith no es un demonio cualquiera. Era el arma definitiva de Lucifer. La matriz de toda una raza destructiva. Ella...».

«Solo era una herramienta», la interrumpió Sepphirothy, con voz baja pero afilada como una cuchilla. «Igual que yo. Igual que tú. Lucifer nos utilizó a todos. Ella no causará ningún problema».



Neberius casi se rió nerviosamente. —¡Sepph, la utilizaron como... como una fábrica de demonios viviente! ¡La convirtieron en un útero eterno para llevar a cabo la voluntad de ese ángel demoníaco enfermo! Querrá venganza. Contra todo. Contra todos.

Sepphirothy se detuvo. Por un momento, solo el sonido lejano de la respiración del abismo los envolvió.

Luego miró a su madre inconsciente en sus brazos... y sonrió. Una sonrisa tranquila. Una sonrisa peligrosa. «No le queda nada que vengar», murmuró.

«Yo me encargaré de ello. Pasará por un proceso de resocialización».

Neberius abrió mucho los ojos. «¡¿Resocialización?! ¡No es una niña caótica a la que vas a reeducar! Ella es...».

«Sé exactamente quién es».

Sepphirothy levantó la mirada y, en ese momento, pareció como si el abismo se curvara a su alrededor. No era solo determinación. No era solo ambición.

Era posesión. Una promesa silenciosa de que todo lo que sostenía en sus brazos nunca se perdería de nuevo.

Neberius tragó saliva.

—Entonces dime al menos... ¿por qué? ¿Cuál es la lógica en esto? ¿Qué pretendes al traer de vuelta al mundo a una diosa demoníaca? ¿Y cómo sabías siquiera que estaba aquí, en el fondo del abismo?



Se produjo un pesado silencio. Sephirothy simplemente ajustó a Lilith en su regazo, como si fuera algo natural, un gesto afectuoso... y totalmente inquietante.

—No puedo hablar de eso ahora.

Neberius sintió un escalofrío recorriendo su espina dorsal. Porque la respuesta no era una negativa política... era emocional. Y principalmente porque, a juzgar por la mirada de Sephirothy, el mundo entero estaba a punto de entrar en guerra de nuevo, y ella estaba planeando cada paso.

La demonio entrecerró los ojos, fijando la mirada en esa sonrisa excesivamente amable.

«Sepph... ¿es por Vergil?». La pregunta se le escapó como veneno.



Sephirothy dejó de caminar. Su sonrisa se amplió y no pronunció ni una sola palabra. No necesitaba responder. La verdad estaba en el silencio. Y Neberius lo entendió.

Neberius solo suspiró, derrotado. «... vamos a morir».

La oscuridad se cerró detrás de ellos como una puerta viviente, susurrando peligros ancestrales, pero Sephirothy siguió adelante con la serenidad de alguien que lleva su propio destino en brazos.

Neberius aún intentaba asimilar todo aquello cuando Sephirothy finalmente volvió a hablar. Su voz era baja, pero tan firme que el aire parecía cristalizarse a su alrededor.



«Neberius... Tenía muchas ganas de explicártelo».

El otro demonio levantó la vista, sorprendido. Sephirothy rara vez admitía su debilidad.

—De verdad —continuó Sephirothy, mirando a Lilith con una inquietante ternura—. Quería contártelo todo. Quería decirte por qué, cómo... y, sobre todo, «a quién».

Respiró hondo. Una respiración que parecía reunir las sombras a su alrededor y doblegarlas a su voluntad.

«Pero no puedo. Todavía no. El más mínimo descuido ahora podría comprometerlo todo».



Neberius apretó los labios. Era una mezcla de preocupación y resignación: conocía lo suficiente a Sephirothy como para saber que, cuando hablaba así, no había margen para el error.

«¿Tienes miedo de que alguien lo descubra?».

Una sonrisa lenta, casi irónica, se dibujó en los labios de Sephirothy. — ¿Miedo? No.

Su mirada brillaba con una intensidad que agitaba el propio abismo. — Precaución. Porque ahora... cada movimiento cuenta.

Neberius sintió que se le encogía el corazón.



Sephirothy miró entonces hacia delante, hacia ese vacío infinito donde terminaba el abismo y comenzaba algo aún más antiguo.

—Lilith formaba parte del plan. Levantó el cuerpo de su madre ligeramente, con reverencia. «Una parte esencial, pero aún así... solo una parte».

Neberius frunció el ceño. «¿Qué más necesitas?».

Sephirothy sonrió como si contemplara un tablero de ajedrez completo, con todas las piezas en su sitio.

«Ahora...», murmuró. «Solo queda encontrar dónde se escondieron los siete pecados capitales».

...

El sol de la tarde brillaba con fuerza sobre la piscina de la mansión, reflejando tonos dorados en el agua mientras Vergil se recostaba en una tumbona, disfrutando por fin de un momento de paz después de... básicamente un mes de locura continua.



Raphaeline estaba al borde de la piscina, con los pies en el agua, dejando que el sol le secara el pelo. Ada flotaba con los ojos cerrados, completamente rendida al agradable calor sobre su piel. Roxanne, por supuesto, llevaba unas enormes gafas de sol y bebía zumo como si estuviera en un resort de cinco estrellas; y, sinceramente, con la mansión de Sapphire, era casi eso. —Vergil —llamó Raphaeline, inclinándose ligeramente hacia él—, hoy estás... sorprendentemente tranquilo. Es casi extraño.

—Sí —dijo Ada, tumbada en el agua con el mínimo esfuerzo. —No estás cortando a nadie por la mitad, destruyendo cosas, salvando esposas,



derrotando a dioses, viajando entre reinos o matando a idiotas enamorados de mí. Es... nuevo.

Vergil levantó una ceja. —Puedo simplemente existir, ¿sabes?

Roxanne se rió desde el otro lado. —Puedes, pero cuando existes, alguien suele perder la cabeza. A veces, literalmente.

—Hablando de cabezas —comentó Ada, abriendo un ojo para mirar a su madre—, tú y esa broma de «puedes llamarme papá» no tienen ninguna gracia. Para que lo sepas.

Raphaeline se llevó la mano al pecho como si se sintiera ofendida. —Me pareció muy gracioso. Además, tú fuiste quien animó ese comentario.

—¡YO NO...! Ada dio una palmada al agua, salpicándola por todas partes.

Vergil suspiró, poniendo el brazo detrás de la cabeza. —De verdad que necesitas encontrar un hobby que no implique atormentarme.

Raphaeline esbozó una suave sonrisa. —Nuestro hobby eres tú.

—Sí, cariño —añadió Roxanne sin ceremonias—. Acostúmbrate.

Vergil cerró los ojos por un momento. El sol brillaba cálidamente, el agua reflejaba un agradable resplandor y, por primera vez en mucho tiempo, nadie gritaba, sangraba, moría ni intentaba destruir el mundo.

Era... casi agradable.



Casi.

—¡Entonces, ¿qué sentido tiene tener una madre? El grito provenía del interior de la mansión, como un trueno que atravesaba las paredes.

No era un grito cualquiera.

Era la voz de Sapphire... y cuando Sapphire gritaba así, incluso los demonios antiguos se planteaban rezar.

Vergil abrió los ojos al instante.

Katharina pasó corriendo inmediatamente después, completamente fuera de sí, con el rostro enrojecido por la frustración y los ojos llenos de lágrimas que intentaba ocultar como si fueran veneno.



—¿Katharina? —Vergil se levantó de inmediato y se dirigió hacia ella.

Pero antes de que pudiera dar dos pasos, Novah, la doncella y asistente personal de Katharina, apareció detrás de ella, corriendo con la agilidad desesperada de alguien que intenta evitar que el planeta explote.

—¡SEÑORITA KATHARINA! ¡ESPERE! SU MADRE NO HA...

—¡CÁLLATE, NOVAH! —La voz de Katharina cortó como el acero puro. Sin siquiera mirar atrás.



Subió corriendo las escaleras hasta el pasillo del segundo piso, pisando con la misma fuerza que alguien que tiene un huracán en el pecho.

Vergil dio otro paso para seguirla...

Y una sombra se movió cerca de la puerta de la piscina.

Viola apareció como si siempre hubiera estado allí, apoyada en el marco de la puerta, con una expresión demasiado seria incluso para sus estándares. —Déjala en paz —dijo Viola, cruzando los brazos. —Si vas tras ella ahora, solo empeorarás las cosas.

Vergil se volvió hacia ella, entrecerrando los ojos.

—Ella y su madre han tenido una pelea —continuó Viola sin rodeos—. Una pelea muy fuerte.

El aire se volvió más pesado.

Y entonces...

BOOOOOM.

El sonido de la magia explotando resonó en la mansión, seguido de otro grito de Sapphire, ahora con una carga emocional absurda: ira, frustración y... ¿dolor? Vergil no podía identificarlo con certeza.

Pero reconoció el círculo de teletransporte iluminándose.



Esa energía era inconfundible.

—No habrá... —murmuró Raphaeline desde el borde de la piscina, ya levantándose.

—Se ha ido — respondió Viola, inclinando la cabeza hacia el interior de la casa.

Vergil caminó hacia la puerta, sintiendo el rastro mágico que se extendía por el pasillo: la firma espiritual de Sapphire brillaba como un fuego azul y negro, mezclando la desesperación y un orgullo herido que solo ella era capaz de llevar.

Cuando llegó al salón principal, el círculo de teletransporte aún ardía en el suelo, con runas girando incontrolablemente antes de desvanecerse lentamente.

El aroma de la magia residual aún vibraba en el aire.

Sapphire se había ido. Sola. Completamente furiosa. Y profundamente herida.

Vergil cerró los ojos por un momento.

No había oído la pelea, pero sintió el impacto.

Viola se detuvo a su lado, apoyándose contra la pared como si escuchara ecos.

—No voy a mentir —dijo—, fue horrible. Ambos... fueron demasiado lejos.



Roxanne apareció detrás de ellos, secándose los brazos con una toalla, con el rostro serio por primera vez en todo el día.

—Katharina está emocionalmente al límite —comentó—. Y Sapphire... bueno, Sapphire es Sapphire.

Ada también apareció, todavía empapada en sudor.

—Voy arriba —dijo ella, preocupada—. Katharina no se pone así por cualquier cosa.

Vergil levantó la mano para detenerla.

—No —dijo—. Ahora mismo no quiere ver a nadie.

Ada se detuvo y se mordió el labio.

Viola respiró hondo.

—Necesita calmarse —afirmó—. Y Sapphire también.

Vergil miró el lugar donde había desaparecido el círculo. La última chispa de luz se había apagado.

—¿Dónde ha ido Sapphire? —preguntó.

Viola se encogió de hombros. —Selló su destino antes de teletransportarse. No se la puede rastrear.



Roxanne resopló. —Genial. Parpadeamos y ahora tenemos a dos mujeres emocionalmente poderosas destruyendo el planeta.

Vergil se pasó la mano por la cara, cansado.

¿Paz? ¿Tranquilidad?

Sabía que era demasiado bueno para ser verdad.

La mansión permaneció extrañamente en silencio durante unos segundos.

Hasta que Raphaeline rompió la tensión: «Cariño», dijo en voz baja, «prepárate. Cuando esas dos vuelvan... vas a tener problemas».

Vergil solo suspiró. «Por favor... no me digas que fue por la borrachera de Sapphire...».

